

## LA BESTIA

Salva sabía que en aquel momento lo mejor era, primero, quedarse muy quieto y luego moverse con lentitud, sin brusquedades. Ya había vivido alguna situación similar, pero, no se podía negar, aquella era muy especial.

¿Se reconocían? Sí, sin duda: un felino con una cicatriz cruzando vertical su cara no se podría olvidar, aunque hiciese mucho tiempo que fuese recogido, cachorro y moribundo, y todo animal reconocería el olor de aquel que le había curado, alimentado y devuelto a la vida.

Allí estaban, león y hombre, hombre y león, frente a frente. Matar o morir,... o todo lo contrario.

En aquel momento un solo instante parecía una vida y los latidos de cada corazón, estallidos. No existía nada alrededor, ni la luz del sol, ni la sabana ni la escasa vegetación en la que se habían encontrado, cada uno sólo veía los ojos del otro y miraba en el fondo de ellos cuáles eran sus intenciones.

Ambos se habían encontrado inesperadamente y la sorpresa había congelado la reacción, de no ser así, posiblemente no habría habido lugar a reconocerse ni habrían podido reflexionar antes de actuar. Pero ahora el momento era otro, ahora era tiempo de resolver la insólita situación, pero el siguiente paso era el más difícil, un paso sólo destinado a los más valientes.

Aquello no era una lucha por la supervivencia, ninguno tenía la necesidad de amenazar la vida del otro ni todo lo que esta llevase consigo. Aún siendo animales de distinta especie, aunque uno era el racional y otro el instintivo, a pesar de que la naturaleza parezca siempre estricta al dictar sus leyes, algo les había unido intensamente y, ahora, esa experiencia que habían vivido tenía que tener un significado, ¿qué sentido tendría todo si no era así?

Salva tomó su decisión: se relajó y se irguió, quería mostrarle a su posible rival que no deseaba la confrontación, el mensaje de su cuerpo así se lo diría. En ese instante volvió a sentir la intensidad de la luz, el calor en la brisa, el ruido del silencio y el tiempo, que parecía recuperar su ritmo.

Continuaban mirándose a los ojos, pero los de Salva, ahora, ya habían hablado.

El hombre levantó su arma y apuntó con decisión. Salva aceptó entonces su destino, sólo le dio tiempo a preguntarse cómo era posible que aquel que le había salvado y bautizado ahora fuese a ser su verdugo y que él fuese a ser su trofeo.